



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe

www.virgendeguadalupe.org.mx

Versión estenográfica de la

Homilía pronunciada por **S. E. Mons. Juan Pedro Juárez Meléndez**, Obispo de la **Diócesis de Tehuacán**, con motivo de la peregrinación anual de dicha diócesis a la Basílica de Guadalupe.

3 de febrero de 2019

Queridos hermanos, qué alegría poder venir como familia diocesana de Tehuacán a la casita de Nuestra Madre Santísima de Guadalupe. Lo hacemos con el gozo de vivir este encuentro de hijos con su amorosa madre. Y en este lugar tan especial, en esta casita deseada y pedida por Ella, como le dijo a san Juan Diego: *Yo soy la siempre Virgen Santa María, madre del verdadero Dios por quien se vive. Del creador cabe quien está todo, Señor del cielo y de la tierra. Deseo vivamente que se me diga aquí un templo para en el mostrar y dar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa, pues yo soy vuestra piadosa madre. A ti, a todos vosotros juntos los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mí confíen. Oír allí y sus lamentos y remediar todas sus miserias, penas y dolores.*

Esto que Ella prometió, es lo que hemos experimentado como pueblo desde el año 1531 cuando se apareció a san Juan Diego y nos dejó su bendita imagen. Por eso estamos hoy aquí, como pueblo, como familia diocesana, para manifestarle nuestro amor, confianza, gratitud. Para expresarle con sinceridad nuestras penas y preocupaciones, nuestros anhelos y esperanzas, porque sabemos que Ella nos escucha e intercede ante su Hijo por nosotros.

Al iniciar una nueva etapa en la vida de nuestra diócesis, hoy nos postramos ante Nuestra Señora de Guadalupe para pedirle que nos siga acompañando en nuestro caminar, que nos lleve al encuentro de su Hijo Jesucristo y que nos ayude a cumplir la misión que tenemos como iglesia diocesana.

Y hoy en este domingo, la Palabra de Dios nos recuerda que cada cristiano, cada bautizado, participa de la misión profética de Cristo, que todos y cada uno de nosotros tenemos la obligación de proclamar con hechos y palabras, el mensaje de amor, de paz, de reconciliación, de perdón, que Jesús trajo a la tierra. Debemos sacudirnos la apatía y la indiferencia y tomar en serio la misión profética que cada uno de nosotros ha recibido desde su bautismo. No podemos decir: a mí no me toca. Si estás bautizado, tienes esta misión. Por eso, hermanos y hermanas, nosotros debemos ser auténticos profetas en nuestras comunidades.

Profeta es aquel que habla en nombre de Dios, que desea y lucha porque desaparezcan las injusticias, que se esfuerza cada día para que brille la verdad, para que la paz se haga presente entre nosotros, como una realidad concreta. El profeta nos anima a vivir cada día con esperanza, a pesar de los nubarrones que se ciernen sobre nosotros, sobre nuestras comunidades, el profeta manifiesta su esperanza, porque confía en Dios. Y eso nos toca a nosotros, a cada uno de nosotros, ser auténticos profetas. Y lo podemos hacer en nuestras propias familias. Ahí nosotros podemos dar luz con nuestra conducta. Podemos animar al que ha bajado los brazos, porque ya no quiere luchar, porque se ha acostumbrado a ese estilo de vida, pues a lo que venga, pero ya no quiere esforzarse cada día. Ahí podemos nosotros hacer algo.

Cuando estamos en medio de situaciones o de cuestiones conflictivas, o simplemente opinables, podemos intervenir discretamente, aportando criterios sensatos, de manera delicada y sin imposición. Con nuestro ejemplo podemos predicar la sencillez, la colaboración, la tolerancia, la honradez, la amabilidad. Y entre las personas de nuestras comunidades, en nuestra diócesis, podemos observar su realidad, sus problemas. Tenemos tantos que nos están aquejando: la inseguridad, la violencia, los robos, los secuestros, que nos hacen sentir intranquilos.

Nosotros tenemos la misión de iluminar esas situaciones con criterios de justicia, desde nuestra fe, ofreciéndonos a colaborar, a trabajar, para que esas situaciones vayan cambiando. Lo podemos hacer desde la Iglesia, pero también abriéndonos, colaborando en otras instituciones solidarias que buscan que la paz regrese a nuestras comunidades.

Podemos estar cerca de los sufrimientos de nuestros vecinos, podemos aliviar la soledad de quienes no tienen nadie quien los escuche, los atienda y consuele. Pero necesitamos abrir los ojos, necesitamos sentir esas situaciones de aquellos hermanos que tal vez no son nuestros familiares, no son nuestros amigos, pero están ahí, cerca de nosotros y necesitan de nosotros. Podemos ayudar a que algunos salgan del infierno de la droga o del alcohol.

En definitiva, a pesar de la dificultad que nos señala Jesús, nosotros estamos llamados a ser profetas en nuestra tierra, a llevar ahí esa Palabra de Vida que es el Evangelio de Jesús. A manifestar con nuestras acciones, que somos hombres y mujeres de fe y de esperanza.

Pidamos en esta celebración, por intercesión de nuestra Madre Santísima de Guadalupe, que el Señor nos ayude a sacudir nuestra apatía, nuestra cobardía, que nos convierta en plaza fuerte, en columna de hierro, en muralla de bronce. Nuestras comunidades necesitan de nosotros, que asumamos con mucha responsabilidad nuestros ser profetas, nuestro bautismo que nos ha hecho profetas.

Pero hermanos, lo extraordinario de nuestra fe, no está en que hagamos cosas extraordinarias. No está en que tengamos manifestaciones fuera de lo normal, sino, lo grandioso está en que un hombre o una mujer ordinario, sea capaz de amar con sencillez, con humildad, con perseverancia.

En la segunda lectura hemos escuchado ese himno tan hermoso de san Pablo a la caridad. Ahí san Pablo nos muestra el ideal cristiano de la caridad. La caridad es ese amor que se manifiesta en pequeños detalles, en gestos muy concretos. Un amor que se pone en actitud de servicio, que de alguna manera pide a los demás que le pidan favores, porque estamos dispuestos a servir a todos, pueden contar con nosotros.

El amor es desinteresado y gratuito, renuncia a sus propios derechos, renuncia a tomarse justicia por propia mano. Y ese amor se dirige precisamente a aquellos que no le pueden devolver nada, a los pobres, a los enemigos. Y eso estamos llamados nosotros a vivir: un amor servicial, un amor desinteresado y gratuito. Un amor que busca la verdad y la acepta, incluso cuando se encuentra en personas con las que no nos llevamos bien, con las que no compaginamos, con personas que están en grupos diferentes a los nuestros, o en partidos políticos diferentes a los nuestros, pero si tienen la verdad, con humildad la aceptamos.

Hermanos, la caridad es lo que le da sentido a nuestra existencia como cristianos. Si no tenemos caridad, nada somos. Y la caridad nos lleva a la comprensión del otro, al respeto hacia todos, al servicio desinteresado. Y eso no se impone, eso se ofrece de una manera gratuita.

Hoy en esta casita del Tepeyac, ante la bendita imagen de nuestra Señora de Guadalupe, los invito para que reflexionemos y que cada uno se pregunte: ¿Cómo puedo hacer yo para vivir la caridad, con mi familia, para vivir la caridad en mi comunidad? ¿Qué me toca hacer, qué debo hacer?

Que Santa María de Guadalupe nos siga acompañando. Que Ella nos conduzca de su mano hacia su Hijo Jesús. Que ella nos anime para que podamos vivir nuestro ser profetas, para que podamos manifestar nuestra fe en la caridad concreta, y para que no excluyamos a nadie de esa práctica de caridad a la que estamos llamados.

Que así sea.